

Notas del mes

Manifestación a don Enrique Molina

Como un homenaje a su vasta labor desarrollada en beneficio de la cultura del país y con ocasión de la publicación de su valiosa obra *La herencia moral de la filosofía griega*, los escritores y amigos del señor Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción, le ofrecieron la noche del Sábado 22 de noviembre un banquete en uno de los restaurantes de la capital. Los escritores querían significarle a don Enrique Molina, cuanto es el aprecio que le tienen y como definen su labor incansable como maestro de varias generaciones, como pensador y como impulsador de la cultura. Los escritores reconocen la obra que representa en la cultura chilena la revista ATENEA, y casi en su mayoría se encuentran, desde su fundación, vinculados a ella.

Uno de los fundadores de esta revista fué don Enrique Molina y desde esa fecha memorable para las letras nacionales, ha mantenido su prestigio dentro y fuera del país, sirviendo de tribuna a los escritores de todas las tendencias, sin limitaciones, ni cerrados círculos o banderías. Por lo demás, el propósito de los fundadores fué ése justamente, dotar al país de un órgano de resonancia que recogiera las múltiples vibraciones del pensamiento nacional y extranjero.

Ofreció esta brillante manifestación don Mariano Látorre en el discurso que reproducimos más adelante, y contestó el festejado en una improvisación emocionada y sobria en la cual

recordó la labor desarrollada en cuarenta y tres años de incansable magisterio y sus comienzos en el campo de los estudios filosóficos, a los cuales se sintió desde muy joven arrastrado por una invencible simpatía. Siguieron en el uso de la palabra, recordando todos la obra de consagración a la cultura del señor Molina y su alto apostolado en la enseñanza nacional, tanto en los liceos como en la Universidad de Concepción, el Rector de la Universidad de Chile, señor Juvenal Hernández, don Enrique Sepúlveda, ex Rector de los Liceos de Talca y Rancagua, la poetisa cubana de paso en Chile, señora Emilia Bernal, que recitó una hermosa poesía, don Samuel Lillo que leyó también unos inspirados versos y el señor Félix Armando Núñez, secretario de la Universidad de Concepción quien dió a conocer como un homenaje al festejado, su hermoso «Canto a Chile» que publicamos en este número.

Asistieron las siguientes personas: señores Juvenal Hernández, Alfonso Hernández Catá, Ministro de Cuba, Gabriel Amunátegui, Mariano Latorre, señora Emilia Bernal, Luis Galdames, Samuel A. Lillo, Guillermo Labarca Hubertson, Valentín Brandau, Domingo Melfi, Enrique Marschall, doctor Gustavo Jirón, Mateo Melfi, Rodolfo Muñoz, Enrique Sepúlveda, Germán Spoerer, Héctor Fuenzalida, Félix Armando Núñez, Jenaro Maldonado, Sady Zañartu, Carlos George Nascimento, Carlos Nascimento, Guillermo Feliú Cruz, Milton Rossel, Enrique Vergara Robles, Carlos Préndez Saldías, Jerónimo Lagos Lisboa, Franco Paolantonio, Rodolfo Raurich, Luis Alberto Sánchez, Luis Durand, Ramón Valenzuela, Guillermo Keoenenkamps, Eugenio Orrego Vicuña, Adolfo Gana Mandiola, José Gallay, E. Urrutia P.

Adhirieron la señora Amanda Labarca Hubertson y los señores Gregorio Schepeler, Pedro Aguirre Cerda, Arturo Meza Olva, Ernesto Montenegro, Carlos Acuña, Juan Negro, Tomás Gatica Martínez, Alfonso Escudero.

El siguiente es el discurso del señor Mariano Latorre;

Señores, don Enrique:

Permitidme, estimado don Enrique, que prescindiera durante breves minutos de las personas que os rodean en este instante.

No intento un elogio académico de vuestra personalidad.

Porque os conozco, no en balde he sido vuestro alumno, y sé que en el fondo, vuestro alto espíritu nunca gustó de la violenta retórica de sobremesa ni del mentiroso convencionalismo que es la característica de nuestra gastada cultura novocentista.

Yo quiero dirigirme a vuestra fisonomía humana que es la que me interesa, clara vertiente de comprensión, bloque inmovible de lealtad y de bondad que os hace amar lo justo por sobre todo y dignificar lo verdadero, salvadora partícula de luz en esta sombra confusa de la hora presente.

Me basta veros, sereno y bondadoso, para acercarme mi pasado y evocar la vieja ciudad de Talca de vuestra juventud y de mi adolescencia.

Ciudad chata, colonial que vegeta en un valle hondo, cerrado por colinas azules y más allá de las colinas, hacia la cuna del sol, el muro de los Andes, mostrando entre nubarrones espesos el lomo blanquinegro de sus cumbres.

Chato y gris, igualmente, el mundo de agricultores mezquinos y de burócratas limitados que vive en las casonas de pesadas murallas, y chato el Liceo, obsequio de un obispo, hoy desaparecido, y donde transcurrió, aguijoneada de inquietudes, nuestra juventud.

Veo la figurilla enteca de don Gonzalo Cruz, el último Rector, atusándose el recio bigote gris y la voz agria del zorro Villarroel, poniendo orden en los amplios patios, a modo de claustros, del viejo caserón conventual del Liceo del Talca.

Y en los veranos, permitidme este desahogo evocador, junto al filo de las aceras, el montículo de oro del vendedor de mote y en los inviernos, la voz del mercader de avellanas que llenaba la calle helada con su pregón colonial:

¡Avellanas tostaítas,
que las tostó mi mamita,
con las manos limpiecitas!

Una primavera corrió por el internado la noticia que don Gonzalo Cruz, había jubilado. Con él, jubiló el pasado del Liceo.

Supimos del nuevo Rector. El nombre de Enrique Molina repercutió en los patios coloniales del Liceo, como un clarín victorioso.

Mariposa de vivos colores, la ilusión aleteó en nuestros corazones. Presentíamos sin precisarlo, que una nueva era se iniciaba. En esa esperanza, comulgaban nuestros sentimientos juveniles,

Y una tarde, lo vimos. Era alto, de acogedora presencia. La bondad entibiaba el cálido gris de su mirada.

Sus movimientos desgarrados, daban la impresión que se iba de punta al andar, le prestaron peculiar relieve personal.

Sus actitudes, sus expresiones de maestro, de pensador, fueron imitados más adelante por muchos de sus alumnos que deseaban parecerse a don Enrique, aun en sus gestos individuales.

Lo acompañaba un hombrecito rechoncho, aindiado, de ríspida barba y atiplada voz: don Alejandro Venegas.

Cuando don Enrique daba un paso, Venegas daba tres.

Y los niños: ¡un enjambre de canarios en primavera no era comparable!, que comentaban al nuevo Rector, y vicerrector, encontraron, de pronto, el calificativo justo: Don Quijote y Sancho.

Nunca he olvidado el espontáneo símil juvenil, que tan bien encuadraba con el carácter de los nuevos maestros.

¡Don Quijote!

Y eso ha sido don Enrique, en el más noble significado del vocablo.

Por la vocación profesional, por el ansia de cultivarse cada día, por la pertinacia en la consecución del ideal soñado, por la defensa de la verdad en todos los instantes de su gloriosa carrera de maestro.

Quijote de las nuevas disciplinas pedagógicas, Molina cambió la enseñanza memorista de la filosofía en los liceos y en la universidad, por un método más racional y humano.

Quijote, al fundar la Universidad de Concepción y defenderla en todos los avatares contra la ambición y contra la envidia, y Quijote, al mantener la revista «Atenea», única manifestación del pensamiento de Chile en este momento crítico de la evolución de América.

Y cercano ya al medio siglo de labor intelectual, elocuente y ecuaníme, nos habla de la herencia moral de la filosofía griega, símbolo quizás de toda su vida.

No le ha importado que la escarcha de los años blanquee su cabeza. Como a la de las altas montañas, el sol del espíritu la deshará, dejando intacto el granito imperecedero de la calidad humana.

Semejante a aquellos griegos que ocultaban el pesar o la alegría, bajo el rictus apolíneo de su serenidad, nuestro maestro y nuestro amigo, lucha y confía aún en este instante trágico del mundo.

Es necesario analizar nuestros actos siempre que el propio análisis no destruya la fe en la vida y en el porvenir, he ahí su lección, empleando las propias palabras de Molina, el año 1912, en una carta a su amigo y discípulo Enrique Escala.

He dicho.